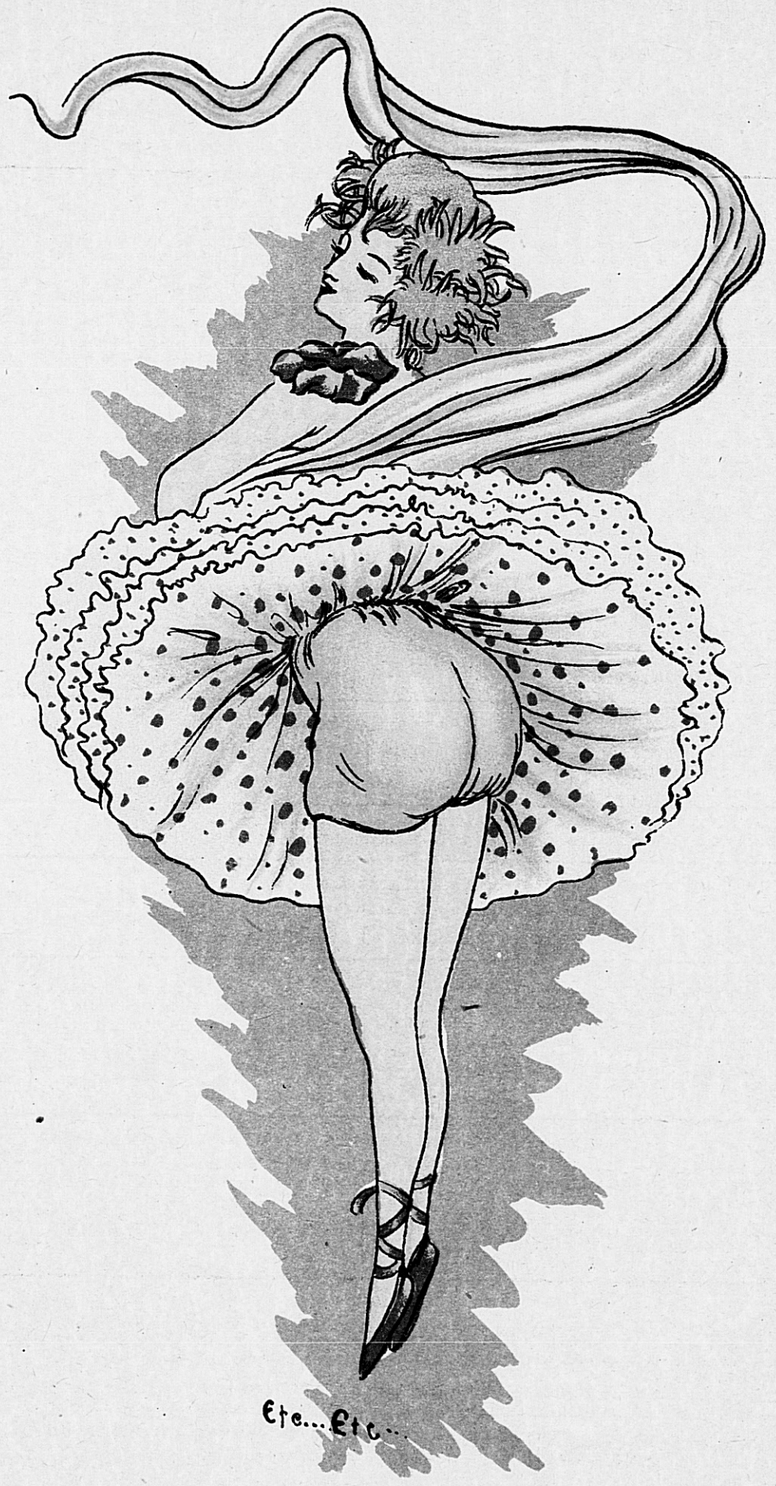


Un paso de puntitas


6 OCT. 1973

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Una madre procura consolar á su hijo, que dice llorando:

—Mamá, ayer por la tarde me caí y me hice mucho daño.

—Bien, hijo mío; eso fué ayer. ¿Por qué lloras hoy?

—Porque ayer no estabas en casa...

—¡Jesús, qué café tan oscuro! ¡Vaya una economía de alumbrado que tiene este establecimiento!

—No es una economía, señorito.

—Pues entonces, ¿por qué no hay más luz?

—Porque está todo muy sucio.

Un borracho á quien su mujer reconvenía por el feo vicio de beber, contestaba severamente:

—Calla, mujer, que nunca hará el hombre tanto daño al mundo bebiendo, como la mujer comiendo; si no, acuérdate de Adán y Eva.

Un sujeto presenta en la ventanilla del telégrafo el siguiente despacho:

«Fernando en X***

Abrumado de dolor, tía muerta; ven inmediatamente, se va á proceder al reparto de la herencia.

Antonio.»

El empleado.—Una peseta y treinta céntimos.

El sujeto (registrándose los bolsillos).—El caso es que no tengo más que una peseta.

El empleado.—Puede usted suprimir tres palabras.

El sujeto.—¡Ah! Entonces, suprima usted «Abrumado de dolor.»

En una tertulia:

Entra una señora joven y hermosa, cuyo marido ha muerto hace un mes.

—¿Han visto ustedes qué alegre está la viudita?—pregunta uno.

—Es natural,—contesta otro,—está en su *luto de miel.*

Charada

As-dos un *primera-cuarta*
yendo una tarde á cazar,
que era de lo más bonito
en su clase de *total.*
Al darme cuenta, monté,
casi sin desayunar,
en el borrico del cura
del pueblo *Tal para Cual*
y vine á esta Redacción
tan sólo á depositar
dos mil quinientas pesetas
y una *perra gorda* más,
que le serán entregadas
á quien presente el *total.*

CAYO MUR

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0		Arte.
1 2 3 7 9 2 3 9 2		Religioso.
0 4 2 6 0 7 4 0		Nombre de mujer.
1 2 3 8 7 5 3		Renta.
2 3 4 5 8 5		En las letras de cambio
6 7 8 9 0		Catálogo.
1 0 3 0		Tejido.
6 0 8		Artículo.
2 3		Preposición.
9		Arbusto de la China.

C. M.

Tarjetas

I

A. María León R.

II

Rafael N. Codina Can Lugo

Con las letras de cada tarjeta formar el título de una zarzuela en un acto.

R. DE CASTRO

Soluciones á lo insertado en el núm. 708

CHARADAS.—I, Matutero.—II, Comandita.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Entredicho.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Amílcar.

AÑO XV BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1904 NÚM. 709

CHARLA



CUANDO los mosquitos se cansan de mortificar á los infelices que tienen la desgracia de padecerlos, los cuerpos reposan sobre los caldeados lechos y las imaginaciones vuelan hacia lo desconocido.

Así le ocurre á don Aniceto y á su esposa Dominica.

Noches pasadas soñaron á dúo; después de haber andado á bofetada limpia con los impertinentes mosquitos.

¡Y qué de cosas tan gratas soñaron!

Primeramente se vieron en la estación del ferrocarril, tomando dos billetes de primera.

Después hicieron un viaje delicioso, cruzando túneles; y vieron rebaños de ovejas blancas y negras, paciendo tranquilamente sobre los verdes prados.

Comieron opíperamente en una estación de empalme; y, por fin, llegaron rebosando felicidad y alegría, á uno de los más frecuentadas y aristocráticas playas.

Allí se bañaron, nadando don Aniceto con el propio ministro de Agricultura, y haciéndose la muerta doña Dominica con una conocida dama palaciega y una princesa rusa guapa y poderosa.

El matrimonio soñó todo esto y despertó soñando aún.

—¿Qué te parece, Dominica?—dijo el marido sentándose en el borde de la cama.

—Que estoy satisfecha.

—Y yo.

—¿Pero tú sabes lo que he soñado?

—Sí, hija. Que estábamos en los baños dándonos pisto.

—Justo. ¿Es que me has oído?

—No. Pero como somos dos cuerpos y un alma, he supuesto que hemos de pensar lo mismo.

—Bueno. ¿Y qué me dices?

—Pues que ahora mismo vamos á arreglar los bártulos y nos largamos en busca del placer por esas playas de Dios.

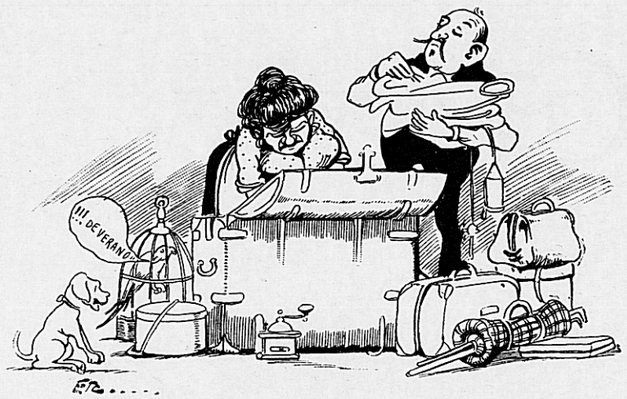
—¡Oh, qué bueno eres, Aniceto!

LA SAETA

—¿De modo que estás dispuesta?

—*Hasta el fin del mundo iré, si hasta el fin del mundo vas.*

—¡Sí? Pues venga el mundo, y al avío.



Y marido y mujer comienzan la tarea de arreglar los baúles, tratando hasta de meter al perro, al loro y á todo lo que encuentran á mano. Están medio locos.

La señora canta la barcarola de *Los Sobrinos del Capitán Grand,* y el marido berrea un trozo de *Marina,* sin dejar en paz á las aves que vuelan *con rumbo hacia acá.*

—Mira, Aniceto, lo que sale por aquí,—dice su esposa, dejando de cantar.

—¿Qué es ello?

—Los trajes de baño.

—Pues veamos si nos sientan bien.

—¿Me lo pongo yo?

—Sí, hija, y yo.

Y en un abrir y cerrar de ojos, marido y mujer se presentan ante el espejo, completamente transformados. Ella de marinerito francés, y él de rana del Japón. Están para comérselos.

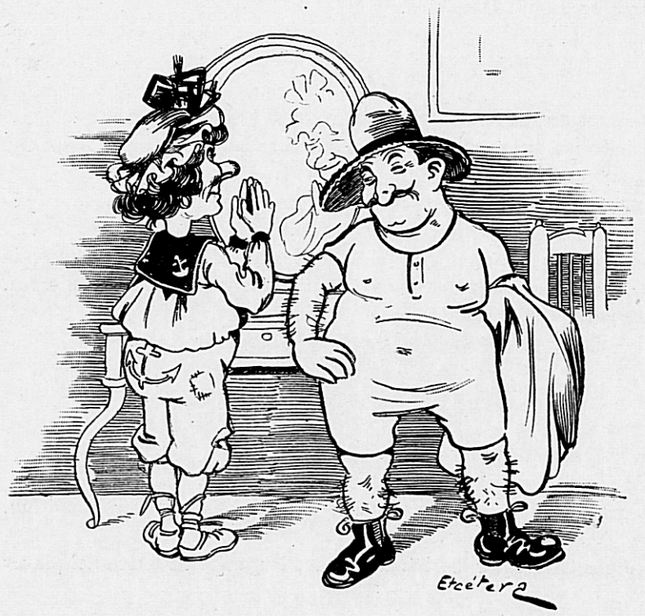
—Me parece que daremos golpe, Aniceto.

—Lo mismo pienso yo, Dominica.

—¡Pues á la playa!

—¡A la playa!

—Allí verán las tontas de Capuchete que somos tan distinguidos como ellas.



—Justo, que se fastidien las de Capuchete.

—Digo, si es que vamos á San Sebastián...

Aquí don Aniceto se pasa las manos por los ojos, bosteza como un bruto, se despereza como una mula y exclama:

—Pues eso es, que no había caído en que el viaje cuesta un dineral.

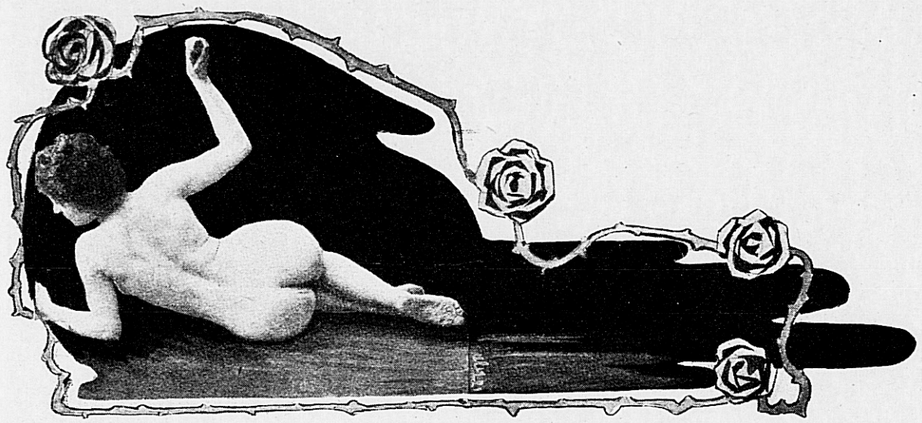
—¡Pero, Aniceto!—grita doña Dominica como un energúmeno.

—No te apures, hija. Saldremos de Barcelona, viajaremos. Todos los domingos iremos á Badalona.

JOAQUÍN ARQUES



Se acabó el capítulo... y la formalidad



¡Sin redención!

Infeliz Guillermina!

Nadie como ella pudo en este pícaro mundo quejarse de la belleza propia. Ninguna mujer como la heroína de mi relato, pudo exclamar con el poeta:

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Porque Guillermina lo era en grado superlativo, y esa fué su perdición.

Alta, esbelta, maravillosamente formada, rubia, de ojos negros y parlanchines, de irreprochable corrección en sus líneas y contornos, de facciones delicadas; hija de honrados padres, quienes la educaron con singular esmero, instruyéndola en todo aquello que las mujeres deben saber para lograr en sociedad el título de honestas y hacendosas, Guillermina llegó á los dieciocho años admirada por cuantos alcanzaban la fortuna de conocerla.

Pero sus virtuosos y mal aconsejados progenitores procuraron con empeño *no abrir los ojos* á la incauta doncella, en lo que á las pasiones atañe, manteniéndola en estado de *saludable ignorancia* respecto al amor y sus halagos, evitando las ocasiones de que pudieran herir los castos oídos de Guillermina frases galantes, historias sugestivas que exaltaran sus delicados sentimientos, avivando su curiosidad candorosa, y le prohibieron en absoluto, *hasta que tuviese más edad*, la lectura de novelas y poesías amatorias.

Además, la sometieron á estrecha y escrupulosa vigilancia desde los quince años, para impedir que los jóvenes se acercaran á ella en busca de afectos apasionados, y terminantemente quedó proscripto de aquel hogar todo lo que llevara trazas de noviazgo, en espera de que la niña *fuese mayor* y capaz de elegir con acierto el hombre que le conviniera.

Así es que, aunque parezca mentira en los tiempos que corren, Guillermina llegó á los dieciocho años sin saber lo que es amar y ser amada.

Aislada del trato social; mimada por sus padres, que sentíanse muy satisfechos del éxito alcanzado en la educación de la moza, ésta no conocía más mundo que el de su casa, ni otra distracción que la de sus labores y muñecas.

Doña Carlota,—que tal se llamaba la madre de Guillermina,—solía decir:

—Indudablemente, la malicia de los hombres y la lectura de libros pecaminosos, que debieran ser quemados sin dejar uno, además de los consejos de amiguitas casquivanas y locuelas, son causa permanente y única de que las jóvenes honestas y temerosas de Dios vayan ciegas á perderse, cayendo seducidas en las redes del amor; por eso no he consentido lecturas peligrosas á mi niña, ni relaciones que pudieran perjudicarla, y ahí la tienen ustedes dechado de humildad, inocencia y santas costumbres... ¡Una alhaja!

Pero el demonio, que todo lo enreda y á su antojo trastorna el juicio al más santo, haciendo caer en tentación á los mortales con diabólica sutileza, hizo que Guillermina sintiera en su corazón anhelos desconocidos, emociones jamás sentidas hasta entonces; algo indefinible que, llenando su apocado espíritu de vaguedades y zozobras, le hicieron concebir ideas extrañas para ella, turbando su juvenil cerebro y poniendo en graves apreturas su decantada honestidad.

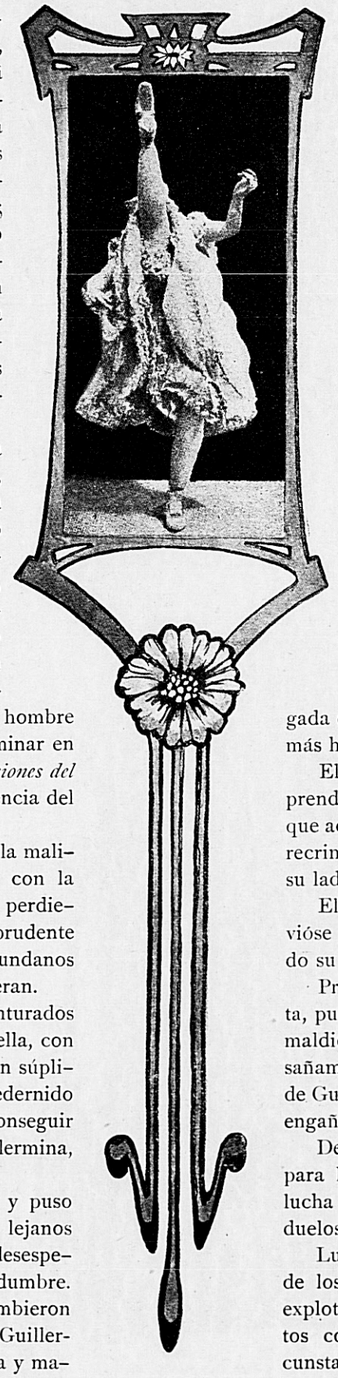
Medió en la aventura una criada,—Lorenza de nombre, frágil de condición y tercera por hábito,—la cual, burlando con refinado astucia la estrecha vigilancia de los amos, puso en relaciones á Guillermina y Federico, galán emprendedor, muy avezado en lides tales, y la inexperta jovenzuela, á presencia de aquel hombre guapo y atrevido, sintió germinar en su pecho *las primeras impresiones del amor*, con la impetuosa violencia del torrente desbordado.

Y acurrió que, triunfante la malicia del diablo, dió al traste con la honra de Guillermina, á quien perdieron la propia candidez y la imprudente ignorancia de los peligros mundanos en que sus padres la mantuvieran.

En vano fué que los desventurados padres de la infeliz ex doncella, con amenazas unas veces, otras con súplicas, quisieran ablandar el empedernido corazón de Federico para conseguir que, dando su nombre á Guillermina, borrase aquella afrenta.

Federico *se llamó andana* y puso tierra por medio huyendo á lejanos países y dejando á la familia desesperada y sumida en honda pesadumbre.

Poco tiempo después sucumbieron los ancianos progenitores de Guillermina, y la joven, sola, huérfana y madre, con su virtud y austeridad de



costumbres, quiso que olvidara el mundo su primer desliz.

Establecida en un pueblo próximo á Madrid, pasó por la pena cruel de ver morir al fruto acusador de su amoroso devaneo; y al cabo de algunos añor, creyendo ser ya desconocida en ella por completo, regresó á la corte, instalándose en un barrio extremo, sin otra compañía que la de una criada vieja de aspecto venerable.

No le faltaron pretendientes, entre ellos uno que trató de hacerla su esposa.

Ante tal proposición, surgió en la mente de Guillermina el caso de conciencia planteado por la obligación de ser sincera con el hombre que tanto la quería, y el bochorno de confesar su deshonra. Venció en ella lo noble de sus sentimientos, é hizo á su prometido la penosa revelación, anegada en lágrimas que brotaban de lo más hondo de su alma...

El desencantado novio, sin comprender la inmensidad del sacrificio que acababa de hacer Guillermina, la recriminó y maldijo, apartándose de su lado para siempre.

Ella, con resignación de mártir, vióse despreciada, y recorrió, llevando su cruz, la calle de la Amargura...

Pronto quedó su fama en la picota, puesta por un hombre mordaz y maldiciente, que con verdadero ensañamiento hizo público el deshonor de Guillermina, en venganza del desengaño que su pasión sufriera.

Después... lo de siempre: llegaron para la sin ventura el abandono, la lucha sin cuartel, la miseria con sus duelos y quebrantos...

Luego las halagadoras promesas de los libertinos, que la excitaban á explotar su belleza; los repetidos asaltos contra su honestidad; las circunstancias conjuradas para consumar su perdición...

Y la desventurada Guillermina cayó en la profunda sima del vicio degradante, hasta verse confundida con los seres más abyectos de la sociedad...

Y en esa existencia aperreada conquistó un apodo: *la Rubia*.

Y aquella mujer, que hubiera sido quizás modelo de esposas y madre amantísima, murió envuelta en un ambiente mortífero de vileza y deshonor, sin alcanzar redención, víctima, más que de su culpa, del egoísmo estúpido entronizado por una sociedad mojigata y farisaica, sin fe, sin dignidad y sin conciencia...

¡Cuántas Guillerminas nos asaltarán á diario por las calles, con requiebros que punzan y re jelean!...

¡Infelices!...

LUIS FALCATO

Cañitas

No hay quien conozca el destino,
y nos va siguiendo siempre.
¡Qué de cosas le diría
si llegase á conocerle!

—

Yo llamo de puerta en puerta,
y nadie espera que llame.
Cuando ofrezco alguna cosa,
todos creen que llegan tarde.

—

El mundo nos juzga siempre
por la ropa que llevamos.
¡Como yo la llevo vieja,
ya sé cómo me ha juzgado!

—

Compré un cariño en la feria
para tenerlo en mi casa.
¡Y ya me pesa el cariño,
porque fué cosa comprada!

—

Donde acaban los recuerdos,
los reproches dan principio.
Si con lágrimas no ceden,
el amor queda vencido.

—

Una promesa muy grande
cabe dentro de un dedal,
y le sobra mucho espacio
y no lo ocupa jamás.

—

Van doblando las campanas
cuando anuncian un entierro,
y parece que repiten:
—Por di... ne... ro, por di... ne. . ro.

—

Camino lleno de flores
que me conduce á mi casa...
¡Cuántas veces te he pasado
buscando reposo al alma!

—

Vuelta, vuelta á mis cantares
para mitigar mis penas
y cada nota que arranque
sea una lágrima seca.
Vuelta, vuelta á mis cantares,
y á gozar con sus endechas;
¡que yo quiero reir mucho
porque tengo el alma enferma!

—

Parece Gloria Divina
la cara de esa mujer...
¡Quién pudiera ser San Pedro
tan sólo por una vez!

—

Mira si te quiero poco...
Quisiera estar en un mundo
donde la gente pensase
á medida de tu gusto.

—

No puedo encontrar el modo
de ver las cosas ajenas
igual que las ven los otros.

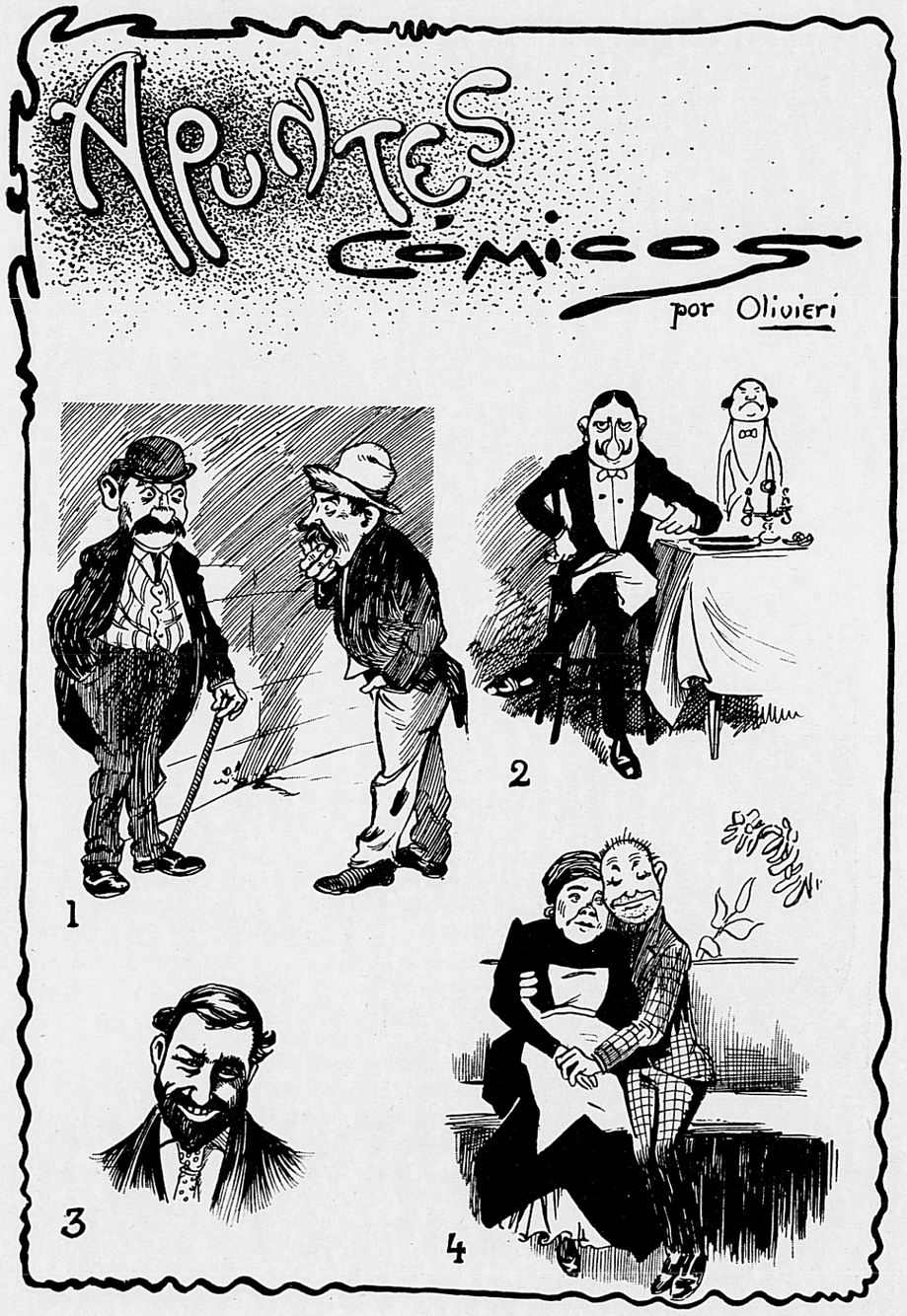
—

Pobrecitos ciegos
cómo van andando,
y en vez de ofrecerles la mano, la gente
se aparta á su paso.

J. ENRIQUE DOTRES

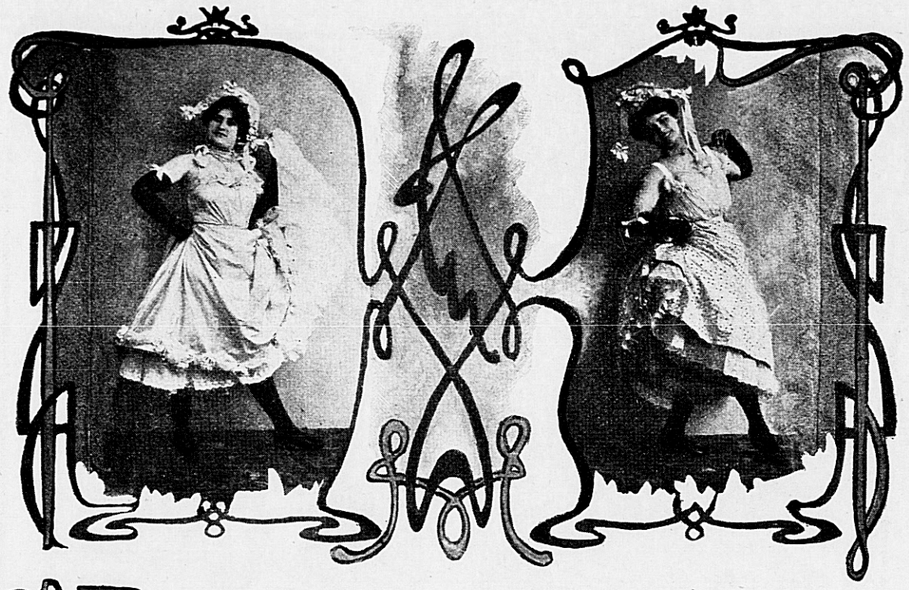


¡Pobres! Abandonadas
así en el campo,
y gracias que vivimos
en el verano.



LOS CUATRO ¡AYES!

1.ª—¡Ay. qué vida ésta!
2.ª—¡Ay, qué caro es esto!
3.ª—¡Ay, qué guapo soy!
4.ª—¡Ay. cuánto te quiero!





Trío cancanista

(CUADROS VIVOS)

Violeta

Qué hermosos ojos los de aquella joven y bella *pecadora*. Yo me extasiaba contemplando sus ebúrneos brazos, descubiertos por el descote del vaporoso traje de malla con un transparente azulino verdaderamente seductor; su pequeñísima boca que abría para dar paso á juguetonas ráfagas de sonrisa, dejaba ver dos hileras de dientes blancos y pequeños que se apiñaban fuertemente uno con el otro para que aquella linda dentadura fuera perfecta en todo; los coralinos labios y el color casi grana de su rostro demostraban la vitalidad de la hermosa, su charla subyugaba y los picarescos dichos que de cuando en cuando le sugería su ingenio, enardecían al par que dejaban parado, casi aturdido completamente al interlocutor.

Tenía cuando yo la visité, y hará esto próximamente un año, veintiuna primaveras y apenas si podría decirse que pasaba aquella mujer seductora de los dieciocho; yo le dije esto y ella entonces con aquella risita de loquilla, me dijo:

—No se quiera usted burlar, amigo mío, yo opino, y á veces me lo ha dicho en secreto el espejo del tocador, que represento más edad de la que tengo. Y no crea que me apena, no, señor; ya tengo ganas de que me digan *mujer hermosa* mis adoradores en lugar de llamarme *chiquilla encantadora*, como si yo pudiera ser aún una niña.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!—dije yo.—Una niña á quien hay que mimar, subyugarse á sus caprichos, porque obliga á ello esa belleza, el jugueteo delicioso de esa mirada que suplicando parece ordenar, y esa sonrisa que seduce y convierte en esclavo al más indiferente.

—Poco más ó menos me dijo Arturo aquel día que empecé á andar por el camino que hoy sigo.

—¿Arturo?

—Sí, uno cualquiera que usted no conoce, uno á quien seducí, según él, y que me hizo esclava, pero mis cadenas eran deliciosas porque yo le adoré como jamás pudo decir nadie. ¡Psch! Un platonismo que ya produce asco en los tiempos actuales y entregada yo entonces á él, como arroyo que es atraído por la inmensidad marítima, fuí hasta *pecar*, y después que me olvidó, atraída por joyas y sedas, continué camino adelante gozando, siempre gozando, vendiendo mis caricias para darme satisfacción completa y que mis caprichos fueran obedecidos invariablemente, y sin preocuparme de nada más avanzo alegre, riendo, gozosa; no quiero platonismos. Esta vida me satisface.

—¿Y el recuerdo del primer amor?

—¡Bah! ¿Quién se acuerda de ingratitudes ó seducciones de pasión, viviendo acostumbrada á rozarse de continuo con el placer?

La linda *cocotte* me citó para tomar café en su compañía para la noche siguiente, pues no podía dedicarme entonces más tiempo; había de ir en su automóvil á reunirse en el paseo con un aristócrata á quien distinguía entonces y era ya hora de ponerse en marcha.

Me despedí en seguida de la preciosa Violeta, que me tendió su nacarada mano en la que mis labios estamparon un beso que compendiaba el fuego de mi deseo, y cuando dando paso á una coquetona resita me decía *hasta mañana*, enardecido, pletórico de pasión, yo estuve á punto de postrarme á los pies de la hermosa, seducido por aquella mirada que expresaba placeres, alegrías y goces, siempre goces.

Leocadio MARTIN-RUIZ



Esa dejadez especial de las criollas es precisamente lo que me seduce. ¿Y á usted?

Postales galantes

(Informaciones de LA SAETA).

ANITA FERNÁNDEZ

Atareamientos pícaros de *res* periodística han interrumpido durante unas semanas la publicación de *Postales galantes;* hoy las reanudamos ofreciendo á los *socios* no incurrir en falta para lo sucesivo. ¿Hace? Pues á lo que íbamos...

El género *ínfimo* guarda de todo, como la viña de antaño: en él hay plasticismo, hay picardía lujuriosa sin belleza, hay arte *relativo,* hay artistas verdaderos. El valor de ese arte no quiero discutirlo; unos lo suponen á una altura infinita que no alcanza, en cambio, mi compañero Carlos Cruselles, lo *apalea,* lo tritura sin piedad y... sin resultado. Cuestión de temperamento. A un lado juicios particulares que nada interesan en esta ocasión, es evidente que en las tablas de un escenario *ínfimo* se ven artistas, pocos, pero los hay.

Anita Fernández es una de ellas.

Dedicóse primeramente al «género chico» con aplauso y fortuna: trabajó en distintos teatros de Madrid como primera triple, y entre las obras favoritas suyas *El Monaguillo* aparece en primer término, quizá por recordarle sus mejores triunfos. Causas puramente particulares la llevaron como coupletista al género *ínfimo.* Su dominio absoluto de las tablas, su voz agradable de excelente timbre, su escuela de canto, sus recursos anejos á una dilatada carrera artística, tenían forzosamente que asegurarle un éxito, y el éxito vino, colocándola entre las primeras coupletistas que hoy brillan y triunfan.



En la calle

En el Salón de Actualidades ha hecho campañas que el público madrileño recordará seguramente. Un apropósito de Calixto Navarro, *El Jardinero,* vino á ser para Anita un manantial de aplausos, ocurriendo lo propio una tarde con el juguetillo *La zambra gitana,* de Montesinos y Torres, simpática pareja, corte Perrín y Palacios, que hacen *cosas* buenas y... se las traen. Contratada después en Romea, siguió siendo Anita una de las *predilectas* y actualmente en la hermosa ciudad del Turia cosecha aplausos y... de lo *otro.*

En vano, la última vez que hablé con ella, le supliqué rebuscase en su memoria un sucedido con tintes de aventura, una historieta *movidita,* que tanto halaga al paladar de los *morenos.*

Acudo, pues, al confuso montón de mis recuerdos, y, efectivamente, hallo si no lo que busco, algo que se le parece.

Por aquella época ocupaba todas las noches un diván en Actualidades cierto Petronio, hijo de un conocido título de Castilla y afamado maestro en lides amorosas. Anita Fernández producía el *fenómeno.* Famosa se presentaba la aventura y ¡vive Dios! que un *bouquet* de flores costosísimo servía de nocturno emisario á sentimientos que la palabra no exteriorizó. ¡Cuatro meses de *sitio!* ¡Cuatro meses *floridos!* Y *Don Juan* sin decir esta boca es mía... Todo se agota en este mundo, y la evangélica paciencia de el *floristo* también se agotó.

Apuesto y gentil, perfumado y adobado en la propia salsa de los *gentelments,* esperaba una noche á la salida. El público pasando con lentitud desesperante por aquella puerta estrechísima, espoleaba los deseos de nuestro impaciente héroe. Por fin... la vió, llegó á dos pasos suyos, avanzó él y casi al mismo tiempo pudo oir una voz que exclamaba:

—Anda, Manolo, que vamos á perder el tranvía.

. . . . . .

¿Les diré á ustedes que no vimos más por Actualidades al *interfecto?* ¡Y lo que son las cosas! Desde entonces sus propios amigos, conocedores de la *desgracia,* se han encargado de hacérsela *sentir.* Ya no es el *maestro,* no es el sugestionador de hembras, ni siquiera un afortunado mortal en el género: es el anuncio de la *Zapatilla rusa.* ¡Y para eso gástese usted en flores unos miles de reales!

***

En Romea la dispersión ha sido completa; ineptitudes de un empresario *bilioso, chinchorrero* y no sé cuántas *cosas* más, según sus *víctimas,* ha hecho de aquel teatro un *spoliarium* de percalina barata, bisutería de Thomas y artistas de derecho. La Fornarina huyó, Sagrario Alvarez hizo lo propio, Pepita Sevilla puso tierra por medio, y el público, naturalmente, las ha seguido. Lamento ese desastre fotográfico-*ínfimo,* (porque el empresario es fotógrafo), y me limito á darle un consejo: *¡Retratero* á tus retratos!



En el teatro

En Actualidades, una sevillanita *vigorizante,* Amalia Molina, se está llevando las palmas por arrobas y se está trayendo público de veras. Pronto aparecerá en estas *Postales.* ¡Hay que quererla!

F. de U.

Rimas

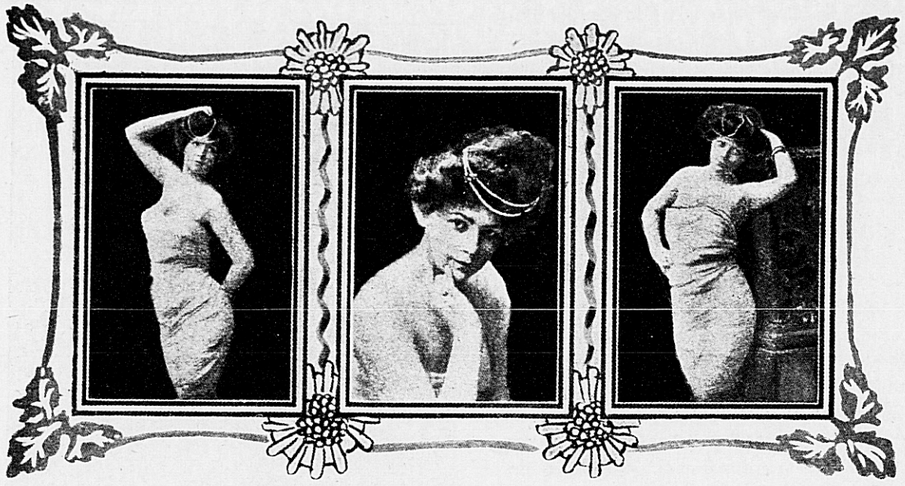
No me olvides, por Dios, me repetía
al punto de partir,
y no olvidarle yo le prometía,
ahogándome el sentir.
Y lo que son las cosas de la vida,
cuando al año volvió,
él por otra de mí se había olvidado
y por otro de él me olvidé yo.

—

Como las grandes olas de los mares,
se estrellan en las rocas,
se estrellan en la nada las ideas
que en mi conciencia, rápidas, se forman.

Como la negra noche, al campo hermoso
en lúgubre transforma,
transforman á mis glorias en pesares,
los males que me agobian.
Como de grandes nubes nace el rayo,
si con violencia chocan,
mis dudas, van naciendo y disipando
mis ilusiones todas.
Como de los volcanes más famosos
ardiente lava brota,
¡brotando de mi cuerpo está la vida,
á impulsos del dolor que me destroza!

L. Cincoés Ruiz



A lo hecho... boda

RAFAEL y Rafaela eran dos muchachos buenos, sencillos, inocentones y serviciales.

Estaban al servicio de mi casa del pueblo, y durante las temporadas de verano que allí pasaba yo, oía con suma complacencia la charla original de los chicos.

—Créame usted, señorito,—decía Rafael,—los libros deben de ser invento del demonio. No sirven más que para hacer que la gente se ponga enferma. Usted, antes de ir á Madrid, estaba tan sano y tan coloradote como yo. Tenía usted más fuerza que ningún chico del pueblo, y siempre estaba usted alegre y haciendo travesuras. Pero desde que falta usted de aquí se ha vuelto triste y formal, y ha perdido las carnes y el apetito. Esa vida que lleva debe de ser muy mala: siempre pensando, siempre estudiando. Ya no le quedan más que huesos, y me da pena, porque siempre he querido mucho á mi señorito. En cambio, yo estoy siempre tan fortachón como un animal. Si leyera me pondría tan endeblillo como usted, porque los libros son peores que lo que vende don Cornelio, el boticario de aquí. ¡Buen vino, buena carne y buena cama! Lo demás son tonterías, créame usted, señorito.

—Yo creo que tiene razón éste,—añadía Rafaela,—porque si bien es verdad que sabe usted muchas cosas y que se queda una embobada oyéndole, en cambio da pena verle tan delgaducho. Si yo estuviera en su pellejo, me quedaba aquí para siempre y no volvía por ese Madrid, que el diablo confunda. Lo que ha dicho éste: buen vino, buena carne y buena cama.

Calcúlese, por tales discursos, lo que serían los muchachos.

Una tarde, después de la siesta, salí al campo á gozar del céfiro del anochecer. Era preciso desquitarse del calor sufrido durante el día. Anduve un rato y sentí sed. Afortunadamente, mi huerto estaba cerca de allí; me dirigí, pues, á él, para beber agua, pero en el camino vi á Rafael y Rafaela, que, medio ocultos por unos árboles que crecían á la izquierda del camino, se miraban fijamente. Me acerqué, sin que notaran mi presencia, y oí que hablaban.

—¡Si vieras, Rafaeliya, las ganas que tengo de que nos casemos! ¡Y que no van á pasar envidia algunos y algunas!...

—Calla, no me lo digas, que más ganas tengo yo que tú. Pero tenemos que ahorrar mucho, porque quiero que nuestra boda sea lucía y soná.

—Eso quiero yo también. So tonta, ya que está tan cerca ese día, ¿por qué no me dejas que te dé un beso?

—Siempre estás lo mismo. Te he dicho que no, no y no. Hasta que nos casemos, no hay na de eso.

Cuando hube oído ese diálogo me hice presente, adoptado ya un propósito, y

—¡Hola, muchachos!—dije, fingiendo no haberme enterado de nada.

—¿Qué manda el señorito?—supo decir Rafael, á pesar del sobresalto que sufrió al verme.

—Que vayas á casa, y digas que no me esperen á cenar.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Pero se queda aquí Rafaela?

—Sí, déjala. La necesito para otro recado.

Y se alejó ligero, perdiéndose á poco de nuestra vista.

Yo quedé allí con la zagala. Me senté en el suelo, muy cerca de ella, y, desprendiéndome de toda mi autoridad de amo, le hablé amablemente, como un amigo:

—Rafaela, oye bien lo que voy á decirte. No ignoro que os queréis casar tú y Rafael. Pues bien; yo, que os quiero mucho, haré valer mi influencia con mis padres para que os den el consentimiento y para que os quedéis luego en casa, si así es vuestro gusto. Y aun más: si no tenéis el dinero suficiente para los gastos, yo os daré el que falte.

La muchacha me oía embobada y anhelante. Sus mejillas enrojecieron de placer, y todo su cuerpo se estremecía dulcemente. Entonces me gustó Rafaela más que nunca. Su cuerpo, bien llenito y airoso, me parecía encantador, y, más aún que su cuerpo virgen, me agradaba su inocencia.

—¡Esto es mucho para ese animal de Rafael!—pensé enojado.

Y miré más detenidamente á la muchacha.

Nuevos halagos encontraba en sus caderas, y en su seno, y en su rostro, y en su sencillez. Me pareció entonces tan hermosa, tan hermosa, que . . . . . .

. . . . . .

Al siguiente día llamé á mi despacho á los dos chicos. Rafaela, al verme, se turbó visiblemente. Yo, como si nada observara, dije:

—Muchachos, una buena noticia, que seguramente no esperabais. Anoche obtuve de mis padres el permiso para que os caséis. Y os quiero dar esta alegría, añadiendo que yo seré el padrino de la boda y que sufragaré, naturalmente, todos los gastos que se originen.

La alegría con que acogieron estas palabras, es de suponer. Me llamaron santo, ángel, dios y no sé cuántas cosas más.

Una semana después se celebraba la boda. Y en la misma noche hablé con Rafaela.

—¿He cumplido mi palabra?

—Sí, señorito, gracias.

—¿Estás ya contenta de lo que hice aquella tarde?

—Sí, señorito, gracias.

Y, al decir esto, enrojecía la muchacha.

ABELARDO DELGADO

Cañita

Fatigas me causan
las almas gemelas.
¡Qué poquitas veces logran estar juntas
si por fin se encuentran!

J. E. D.



Una de las que hacen intrepideces dentro del agua y... fuera

Decepción

Base de una ventura imaginada,
de una ilusión traidora,
fué para mí la tarde
cuyo recuerdo vive en mi memoria.
Del fondo de una reja,
ornada de claveles y de rosas,
destacábanse un busto de escultura
y una cara de gloria.
Eres tú la que allí pura brillaba,
como brilla la aurora;
tú, la mujer en quien fundé gozoso
mis esperanzas todas,
luego desvanecidas
lo mismo que la ola,
monte de espuma que brioso avanza
para morir al beso de una roca.

. . . . . .

Al lugar de mi anhelo,
acudí otras mil tardes, y las horas
pasaba dulcemente,
gozando una delicia transitoria.
Tú, las flores cuidabas
y recogías flores... amorosas.
¿Te acuerdas? De seguro,
porque hay detalles que jamás se borran.
Yo no puedo olvidar lo que decía,
¡y sabes que decía tantas cosas!

—

Hoy, ya no se repiten las escenas
que lloro al recordar, como tú lloras,
y la reja que un tiempo sonreía,
triste aparece, ruin, desoladora.
Ya no cuidas las flores,
ni se acerca el galán, ni tú te asomas,
y aquel nido de amor perdió su encanto,
pero tuya es la causa, niña hermosa,
que, por caprichos de mujer voluble,
á la reja y á mí nos abandonas.

FEDERICO GIL ASENSIO

El relicario

Cuando se fué á la guerra Juan Soldado
llevaba un relicario sobre el pecho;
al tiempo de partir fué colocado
por su inválida madre desde el lecho.

Y dijo Juan besando aquella prenda:
aquí llevo mi fe, mi Dios, mi alma;
tú quedarás conmigo en la contienda
ó de los héroes me darás la palma.

Y allá entre los tragores de la guerra
bastantes veces con mortal herida,
se encontraron á Juan tendido en tierra
besando el relicario de su vida.

Si el imperio le hubieran prometido
con todas las grandezas de un tesoro,
no se hubiera el soldado desprendido
del viejo medallón de plata y oro.

. . . . . .

Mucho tiempo después, enamorado
de una mujer hermosa, compartía
recuerdos y esperanzas Juan Soldado
en sus horas de amor y de poesía.

Pero una tarde triste y memorable,
jugaba su adorada junto al río
con aquel medallón inestimable
y en las dulzuras de su idilio impío.

Vió Juan Soldado con extraña calma
rodar de aquellas manos bruscamente
sus recuerdos, su Dios, su fe, su alma,
y perderse después en la corriente.

. . . . . .

Yo aprendí en esta historia algo profundo
que llevo en mis memorias recogidas...
¡Cómo juega el amor con todo un mundo
de grandezas y vidas!

P. JARA CARRILLO



Galería de bellezas: (20 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada.—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Araieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Inerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.